

Juan Pablo Izquierdo, un concierto de mascadas

Por PLUTO.



Aparte de los "mundiales" de fútbol y de ski, Chile tiene otras notabilidades mundiales, aunque no aparezcan en la primera plana de los diarios. Una de ellas es, sin duda alguna, el director de orquesta Juan Pablo Izquierdo. Fulme el jueves al Teatro Municipal para admirarle con César Frank, Be la Bartok, Maturana y Mendelssohn. Toda una gama para apreciar las dotes que le hicieron ganar sobre 34 oponentes de todo el mundo el Premio Dimitri Mitropoulos, que le convirtió en Director de la Orquesta de Nueva York. Casi me fue imposible. El ruido de los cartuchos de caramelos y de la función fisiológica de la mascadación, a ratos apagaba la orquesta. Luego, al parecer, parientes del famoso director no lograban calmar su nerviosismo al verme enhiesto sobre la tarima directriz:

—Mira, Jimenita, ¡qué bien se ve!...

—Oye, allá está la Tere...

—Sí, y vi también a Gonzalo...

—¿Quieres un caramelo, Jimenita? Pásale uno a la Jimenita...

¡¡Mendelssohn!!! y el ruido del cartucho porfiado, avaro, contumaz, negándose a entregar su tesoro de golosinas.

Al día siguiente, tocóme asis-

tir al estreno de "Perdón... estamos en guerra". Una guagua lloraba en la platea. ¿Una guagua enamorada del teatro? ¿Un plechón de Sarah Bernhardt? Sentí pena, una inmensa pena. No por el llanto de la guagua, sino por lo que debe sufrir el Municipal. La gente devorando caramelos, como se comía antaño el turrón americano en los circoos pobres; guaguas en la platea y la gente habiéndose en pleno concierto. ¡Perdónalos, Mendelssohn, porque no saben lo que hacen de un extremo a otro de la sala.

En los recuerdos de José Zapata sobre la vida en nuestra capital en 1810, hay páginas notables sobre la conducta que los públicos de entonces mostraban en los teatros. Pareciera que retrocedemos en la ruta de la cultura, como el cangrejo, pero no es así. Me ha tocado en suerte asistir a conciertos, funciones de ballet y espectáculos teatrales al aire libre en barrios populares y mi sorpresa ha sido inmensa. Para un público virgen, estos espectáculos resultaron una revelación. Los admiraron, los escucharon, los absorbieron con religiosa respetuosidad. Así, incómodos, bajo el frío techo de estrellas de la noche santaguina, de pie o sentados sobre la yerma tierra de las plazas de barriadas, asis-

tian a un verdadero rito del espíritu. Todo lo contrario de estas señoras de pesados abrigos, que en una sala bien calefaccionada, sentadas en mullidos sillones de felpa, sentíanse a sus anchas, como en el salón de su casa, con la ventaja de contar, además, con un público que les escuchase su cháchara.

Ya se hizo hábito nacional el comer en los cines. Y la verdad es que un cartucho de pastillas de menta no desentona con la música de Beatles, como un pequeño no desentona en una peña folklórica. Pero Juan Pablo Izquierdo, Mendelssohn y la Orquesta Filarmónica no me parece que despierten el apetito.

Contrasta esta conducta extraña, inexplicable, con la que observan los numerosos extranjeros que acuden a los conciertos. Adivinase en ellos el hábito de asistir a conciertos, el hábito de escuchar música. Son muchas generaciones de melómanos y es posible que muchos de sus antepasados, mientras los nuestros estaban mercando esclavos o midiendo bayeta en un mostrador, estuviesen escuchando a Bach o a Mozart o a Liszt personalmente.

Se me dirá que en Europa hay también gente basta. Y yo respondo una vez más: sí, pero no va a los conciertos.